

Héctor Manjarrez

Inadaptable Revueltas

A

Las obras de los principales escritores mexicanos parecen tener por destino ineludible el cubrirse de una película de polvo que las oculta en vida de los autores, en beneficio de la "imagen" de éstos, y que las sepulta póstumamente, en abono de la "cultura nacional". Cuanto más áureo el polvo con que las baña nuestra cultura mediocre, más refractante la capa. En México, la celebridad es el precio que se paga por la vulgarización y la homogeneización, sinónimos frecuentes ambas, por añadidura, de oficialización.

Uno de los problemas de la celebridad cultural en México es que, aunque dimana del reconocimiento crítico que otorgan los contemporáneos, una vez alabado y festejado el autor se le abandona literalmente a sus propias artes. Los zancos de gloria nacional que alquila el mundo oficial así resultan muy socorridos. Es, desde luego, aquel archisabido drama nacional: por cada mal escritor faltan' veinte críticos medianos que lo denuncien; por cada buen' escritor, diez críticos avispados que, animándolo, sepan escarnecer sus puntos flacos; por cada gran escritor, dos o tres críticos tan monstruosos como inteligentes que identifiquen su misión personal con la demolición del pedestal en que aquél ha ido encaramándose. Y así acaban confundiéndose y apilándose los intereses creados de los mandarines, el clasismo de la cultura oficial, la pusilanimidad tan difundida que renuncia a un público real y vital en aras de cualquier homenaje y canonjía, el fracaso de los egresados universitarios para comprometerse con cualquier texto posterior al siglo XIX.

En un ámbito cultural tan grosero como el que la opresión y la oficialidad nos deparan, las palabras de nuestros escritores, cuando no caen en el pozo sin fondo del silencio, se vulgarizan bien pronto. El polvo del olvido y el polvo de la gloria son tan semejantes en su impenetrabilidad que podrían ser idénticos. Nadie le sopla a las obras consagradas, nadie pone la huella impertinente de su mano sobre las trazas de las tolveneras de otros.

El clasismo del sistema se reviste de populismo en todos los campos, el cultural por añadidura —lo que no silencia, lo besa de muerte—; la esfera cultural no oficial, por su

parte, se reviste de una complicidad tanto más culpable cuanto más indeseada. Aquél sabe las cosas, pero no le conviene decirlas, y las cubre a todas por igual con el manto nacional; ésta las sabe, pero no las dice, antes amortigua la crítica interna en aras de conservar la mínima cohesión clásica que siente que tiene que oponer a la barbarie, que para ella se ubica por igual en la sociedad en general que en el área oficial. Así el puro Ariel, que dentro del' concepto barbarie con maniática frecuencia encasilla a todo lo que es político, que ve en el sistema el epítome de la sociedad y no el instrumento para mantener la barbarie de la despolitización social, se castra con su paranoia de Calibán: oposición que no por denunciada ha dejado de regirnos.

Es bien significativo que el ensayo más inteligente que se haya escrito sobre Carlos Fuentes —José Joaquín Blanco: "Más allá de la lectura: las intenciones monumentales", *La Cultura en México*, n. 728—, para rescatar a Fuentes de la vulgarización resultante no sólo de su oficialización sino también de los slogan promocionales que le permitieron ser nuestro novelista más difundido, haya tenido que inventar un corpus crítico para enseguida superarlo, haya tenido que ataviarse de no sé cuántos ropajes objetivos, de ignoro cuántas salvedades y lucideces y hasta encomios que otros nunca hicieron, cuando debería ser obvio que las muy personales objeciones de Blanco al derrotero de Fuentes son, por personales, mucho más importantes para él, la cultura y el propio Carlos Fuentes que la medida supuestamente civilizada, los buenos modales con que nos vemos obligados a exponer las admiraciones o el rechazo o el desprecio o el pasmo que nos suscitan las personas/los personajes creativos en este país.

Y no se trata de lamentarse de que una vez más tenga que ser un creador como Blanco el que evalúe a otro creador, supliendo a los 32 críticos aludidos antes; o no solamente. De lo que se trata es. de apuntar que la disidencia, la revuelta, el asco, la violencia y la negación, y la admiración misma, en cuanto se sitúan en el campo de lo cultural, se vuelven decentes. A' la barbarie de la-política hegemónica, a la colonización cultural, se ha respondido siempre rectamente, con integridad y excelentes maneras, procurando fundar un discurso alternativo lógico, sensato y civilizado, cuando que es difícil entender cómo se ha de ser otra cosa que absurdo, desintegrado y lépero ante los vejámenes y la llana opresión que se sufre.

Pero esto, por cierto, no es condición privativa, ni menos aún exclusivo pecador de los intelectuales. Tiene su correlato histórico: también las vanguardias políticas (verbigracia Tendencia Democrática) luchan por la decencia política, la rectitud y la honestidad; combaten en pro del nacionalismo sano por oposición al corrupto, del mismo modo que

la cultura ha propugnado el nacionalismo crítico por oposición al demagógico. En México, quién sabe por qué, los oprimidos todavía consiguen —pero cada vez menos— hacer gala de cortesía a cada instante: Dios los proteja patroncitos, Apolo y Quetzalcóatl los guíen, y que a todos nos ampare y bendiga la Constitución. Y también la cultura, de cara a la criminal política estatal en las universidades, a la difusión masiva de bazofia enajenante y colonizada que el Estado permite, es, con un giro sardónico pagado de sí mismo, cortés.

La miseria de nuestra cultura no es expresión de una falta cualquiera de talento, ni de la maldad infame de Huitzilopochtli, sino de la opresión social; y la cultura ha hecho todo lo posible —en sus mejores momentos— por convencer al patrón de que yerra, por demostrar lo bien fundado y democrático de los argumentos que esgrime. Si unos cuantos campesinos suponen todavía que el señor presidente es su única esperanza, ¿acaso los trabajadores intelectuales no han imaginado irredentamente que había una posibilidad de que la palabrería liberal y democratizante fuera la voz desencarnada de un fantasma que podía cobrar cuerpo si se lo convocaba con la suficiente insistencia y cordura?

El resultado lamentable: se concluye muchas veces que el Pueblo no oye y sigue en la barbarie, mientras que el Poder escucha, aunque no cumpla. Con tal de tener un interlocutor en el seno de una cultura tan fragmentada, clasista y racista como la mexicana, con tal de no asumir que esa fragmentación nos hace hablar por nadie y por todos, de todos y con ninguno, se elige al Estado, y se ratifica, *nolens volens*, su versión de la cultura, la política y la nación.

B

Volvamos al polvo. Tomemos el caso de Alfonso Reyes. Nadie lo lee. Habría que leerlo, pero no lo lee nadie. Y si uno lo lee y no le gusta, que no lo diga, porque entonces serían más —se supone— los que no lo leerán, y eso es pésimo para un país que ha producido un solo Alfonso Reyes. Poco importa que en Francia casi nadie lea a Jean Paulhan; o que algunos vuelvan a partes de su obra por motivos que no necesariamente son los que lo animaban a él. Aquí las densas capas de polvo de gloria cubren a don Alfonso Reyes a un grado tal que es casi imposible valorarlo: ¿es una gloria con vigencia rescatable detrás de su consagradísima efigie de Sócrates bonachón del Anáhuac? ¿Es un clásico que tendrá que aguardar muchísimos años antes de que volvamos a él? ¿Es un anacronismo tanto más lindo cuanto más inoperante? Que ningún *enfant terrible* venga con sus dedos llenos de mocos y mermelada y ciudadanías-del-

mundo más contemporáneas a embarrar tan insigne obra —sería crimen de *lèse humanisme* contra una avenida nueva—; que Reyes descansa en paz en el panteón de los libros petrificados.

O tomemos a Octavio Paz, el más brillante, proteico, carismático e influyente de nuestros escritores, y el único —creo— que verdaderamente ha logrado evitar que las polvaredas de fama ahoguen sus resplandores. ¿Cómo discrepar de tantas partes de su obra que a uno le parecen absurdas, redundantes o reaccionarias sin 1] herir su vanidad; 2] crear un conflicto estúpidamente gremial “por atacarlo”; 3] echar sombra sobre todo el resto admirable de su obra? Si Octavio Paz es tan discutible debe de ser porque está vigente. Pero apenas si se le empieza a discutir públicamente, luego de 40 años de obra.

O tomemos a Juan Rulfo. Una vez, hace mucho, alguien dijo que era el mejor novelista mexicano. Suponiendo que sea cierto, ¿se ha dicho algo más sobre “el mejor” novelista mexicano desde entonces, es decir, desde hace unos quince años? ¿Se ha hecho algo por rescatar a Rulfo el narrador del desamparo campesino de Rulfo la inerte gloria nacional?

O veamos el caso de Martín Luis Guzmán. ¿Qué polvo lo cubre? El oficial, ese incienso con que él mismo se ha enterrado en vida. ¿De modo que ese cronista estupendo de la barbarie, la vitalidad, la entraña de la revolución, se ha convertido en un personaje prosopopéyico más del mundo gubernamental? El individuo, sí. El escritor, no. Pero el exsenador no nos deja leer al novelista. En el caso de Torres Bodet, lo mejor y piadoso es que el gris funcionario opaque al autor. En el caso de Martín Luis —y el de Salvador Novo—, definitivamente no.

C

La palabra verdaderamente personal, única, irremplazable, ha sido rara en nuestras letras, y además, para empeorar las cosas, comúnmente ha sabido sumarse al coro de la Unidad Nacional. Así el intransigente teórico Siqueiros supo servir a las revoluciones proletaria y burguesa al mismo tiempo y con tesón comparable; así el sardónico Novo tuvo una voz meliflua con los poderosos y redujo la otra, la subversiva, la homosexual y hedonista, a la clandestinidad; así Arreola ha demostrado que cualquier escritor puede ser tan excéntrico como un clown; así Fuentes ha pasado, a lo que parece sin muchos sobresaltos, de “conciencia crítica” a portavoz de las más olvidadas intenciones del presente régimen.

Hay que rescatar algunas pinturas de Siqueiros y el desdén vital por la decencia que tantas veces supo externar; el placer, tan raro en nuestra literatura, de Novo, tanto más si

es homosexual, precisamente; algunos textos en que la excentricidad de Arreola no es exhibicionismo pueril y mercenario; las mejores, las grandes páginas de Fuentes; las contradicciones de todos.

Ahora que ha muerto José Revueltas, pobre, deshecho (desecho), sentenciado (la arrogante amnistía aún no es ley), no dudemos de que se le dará la consagración que no conoció en vida éste que tiene que haber sido el más vital, honesto, irreductible, contradictorio, inasimilable y revolucionario de los escritores mexicanos, el más radical de nuestros protagonistas culturales, y, para mí, el novelista más importante, muchas veces el mejor, muchas más veces el más necesario.

Ya crecía subterráneamente su reputación como escritor y se reimprimían sus obras, incluso algunas de las políticas, donde es más bien sintomático que clásico; nuevos lectores, mayoritariamente jóvenes, lo leían con el apasionamiento y la inteligencia que su obra exige y nunca había obtenido. De 1968 a acá, la consagración siguió eludiéndolo, pero Revueltas por fin tenía un público, el de la izquierda naciente en un país en que no hay lección histórica que no se olvide o tuerza y mutile, y para la cual la obra entera de Revueltas —con sus altos y bajos, sus momentos geniales y pésimos, sus aciertos y errores, sus crisis creadoras y sus crisis destructivas —es virtualmente el único testimonio de los combates y las derrotas de la izquierda en el país, del canibalismo y sectarismo de esa misma izquierda, y del compromiso que otras generaciones tuvieron con la lucha. A falta de una historia de las luchas populares, ahí está Revueltas encarnándola una y otra vez, narrándola en su épica y su tragedia.

Muerto Pepe Revueltas, la popularidad de que no gozó nunca su obra quizá le llegará por fin. Esperémoslo, y tanto mejor que lo deba a su muerte y no a la mediatización populista o celtista.

Muerto Revueltas, *El Día*, diario del gobierno cuyas ocho columnas el 3 de octubre difícilmente se podrán olvidar, ha glorificado al “luchador social” que durante décadas sufrió cárceles, pero al que ahora se puede intentar convertir en otro más de los Grandes Mexicanos que lucharon por una Patria Mejor. Que la historia personal de Revueltas sea no sólo la de sus epifanías y contradicciones, sino en especial la de un gran fracaso, y que su dramática trayectoria sea como una calca de la alucinante dialéctica y las trágicas derrotas de las causas populares, bien poco importa: llegado el caso, el mundo oficial puede hasta declararlo mártir, un enemigo admirable que en el fondo luchaba por lo mismo que los regímenes de la revolución mexicana. Mucho se cuida ese diario, pues, de consignar la acogida que mereció el secretario de Educación en el sepelio de

Revueltas: ¿para qué empañar la buena concordia que se puede hacer reinar entre un muerto extraordinario y un sistema desfachatado?

Los elogios y condolencias del régimen no nos harán olvidar la represión que toda su vida sufrió Revueltas porque quiso, porque escogió la lucha no como héroe ni mártir sino como individuo consciente; del mismo modo, los que cada cual pueda apreciar como los errores de Revueltas no sólo no justifican en absoluto al sistema, sino que son una de las tajadas más ricas del legado político y cultural que él nos deja. Si alguien ha de recuperar y hacer propias tanto las moralidades como las equivocaciones de José Revueltas, es solamente la izquierda.

Por otro lado, sin embargo, las alabanzas del PCM no nos harán olvidar las páginas admirables, extraordinariamente lúcidas, que Revueltas escribió sobre el síndrome llamado stalinismo y que, junto con tantas otras, hacen de él uno de los pocos grandes escritores comunistas de este siglo. Y, finalmente, nuestra propia mala conciencia, tan palpable en el conmovedor entierro, en el estrujante aplauso tributado a sus despojos en CU, no nos hará olvidar que toda nuestra admiración por el escritor Revueltas, todo nuestro respeto por el humano Revueltas, todo nuestro pasmo por el revolucionario Revueltas, no nos absuelven de nada, ni tan siquiera de no escribir líneas como éstas cuando él todavía hubiera podido leerlas.

D

El ámbito cultural mexicano está lleno de muertos, algunos de ellos todavía en vida: estatuas de palabras congeladas, histriones cínicos o pesarosos, momias de funciones oficiales donde aparecen al mismo título que, digamos, Altamirano o López Velarde: gente que ya no puede objetar nada. Quienes no se han incorporado a este museo figuran mayoritariamente, con poca luz los más, brillantemente otros, en la galería de la élite; pero ésta, pasillo de Tiffany's, hace tiempo que dejó de cumplir su función de vanguardia y ya no ofende ni altera a nadie.

El país oficial anula a no pocas de las mejores gentes; o las compra, o las amarga, o las inutiliza; o las coopta, o las margina, o las convence de su incapacidad para tener ninguna injerencia efectiva en el decurso de un proceso que mientras tanto avanza hacia un desastre que no por muy merecido y vaticinado resulta menos trágico. Los iracundos calificativos de Martín Dosal en el entierro de Revueltas, con su exageración—injusticia— misma son ciertos: somos un país de cabrones y culeros. Testigos ausentes de nosotros mismos, observadores sin voz, chitacallantes, sin integridad, desintegrados, sin rabia, rencorosos, sin visión, ciegos, y mudos cuando no sordos. Y

siempre víctimas de una derecha eternamente mejor preparada que nosotros.

En nuestra cultura política hay una figura absurda, osada, lúcida, grotesca y genial, no cabe duda, que nunca hemos podido asimilar; la rechazamos con asco y la admiramos como a la persona fuera de serie que fue: José Vasconcelos. Su prosa es probablemente la más vital —con una excepción— de nuestra literatura. Muerto Vasconcelos, aún no lo digerimos, es un gas a la vez venenoso y estimulante en nuestras entrañas, fuerte como pitón, fascinante como cobra. Y liberador: es uno de los rarísimos personajes culturales que también asumió el riesgo de ser una persona. Ciertamente confundió a la persona dramática con la persona cotidiana; pero eso precisamente lo hace aún más heterodoxo y precioso para una tradición en que las mejores obras frecuentemente han sido proyecciones de personas que las hicieron un poco para no ser.

Político irresponsable, gran escritor, gigante dotado del genio para cometer los más enanos errores, apóstol de la cultura y santoncito de la reacción ultramontana —nuestro Voltaire, de algún modo—, José Vasconcelos es una voz bien clara, nítida, estridente, inconfundible, entre los personajes culturales, todos de tamaño mayor que natural, de su época: Siqueiros invariablemente tiene parlamentos muy inferiores a sus gestos prometeicos; Rivera es más un formidable muñeco del teatro *bunraku* que otra cosa; Novo es demasiado sutil para que lo note mucha gente. Tan sólo Vasconcelos dice sus cosas a voz en cuello y sin tapujos. Sólo Vasconcelos, antiguo ministro, presidente imposible, habla contra el Estado mexicano y rechaza sin dobleces su discurso omnipresente y todocorruptor; todavía ahora esa heterodoxia es maldita herejía: como si quisiéramos devolver el petróleo a la pérfida Albión (en lugar de dar su buena tajada de plusvalía al sindicato charro), como si no aceptáramos que el Estado es nuestra versión de la nación, la nacionalidad y el nacionalismo.

Pero el romanticismo insustituible de Vasconcelos, si es vital como muy pocos para nuestra cultura política, lo es junto con toda su nocividad. Los pecados del irredento pecador católico Vasconcelos no le disculpan sus fascistas virtudes. Su programa, necio y ultramontano, es un rescate indispensable de la pasión, la autenticidad y la irracionalidad en una cultura que se ha distinguido por su tibieza, su decencia, su hipocresía, su proclividad a lo acomodaticio; pero políticamente es una oposición peor aún que el Estado al que se opone. La gran prosa de Vasconcelos, epítome de su coraje —en los dos sentidos—, todavía ahora (y ahora más que nunca ante la debacle del Estado) equivale, en su metalenguaje, al analfabetismo, a la barbarie fascista.

Dos figuras después de Vasconcelos han descollado por su fidelidad a sí mismas, por

su heterogeneidad respecto del discurso del Estado, solapado como discurso nacional: Octavio Paz, que habla bella y racionalmente del irracionalismo, y José Revueltas, que es un monje loco de la época más trapense de la militancia comunista. Nacidos ambos en 1914, son dos figuras tan opuestas como dos grandes espejos que cara a cara, sin captarse jamás el uno al otro, reflejan los mismos acontecimientos desde ámbitos diferentes del pasillo donde la historia se desenvuelve, críptica a la vez que evidente.

Paz intenta dar un contenido libérrimo a un discurso que en cuanto toma la vertiente política y no solamente la literaria, está en riesgo constante de derechizarse tan drástica como irremisiblemente por rehusar toda perspectiva de clase, por censurar a la historia desde el diván de la utopía, por pretender que de la oposición de las antítesis resulte una síntesis tanto más válida cuanto más fulgurantemente metafórica sea. Diga lo que diga, para Paz la historia no es una pesadilla, es un mal sueño del que se despierta en cuanto la gana le viene.

Revueltas, por su lado, quisiera devolver su carácter subversivo a un pensamiento tanto más pervertido y derechizado cuanto más dimana del poder, real (URSS) o deseado (PCS de oposición). La democratización del pensamiento y de la práctica partidaria es para él un sueño posible que quisiera insertar en la vela pragmática del poder comunista. La libertad sólo la entiende él dentro de la necesidad. Acaso la utopía izquierdista de Revueltas esté más lejana aún en el futuro que la utopía fourierista de Paz en el pasado; y si importa es porque nuestras vidas dependen de estas cosas, y si no importa es porque lo verdaderamente importante es el deseo.

El deseo: en Paz es aéreo, lírico, surrealista, individual, liberador; en Revueltas es carnal, fraterno, real, social, comprometedor. Todo deseo es histórico: el deseo sexual de Paz descende de las falanges fourieristas y se mancha de sexismo surrealista y de ahistoricismo; el de Revueltas emerge de la mugre machista y aspira a la fraternidad comunista. Hay que decirlo: son los únicos autores nuestros que asumen y encarnan al deseo como deseo sexual, y al deseo sexual como histórico, y al sexo como nudo/desnudo en que se libran algunas de las batallas esenciales de toda cultura política.

Toda visión de la historia es deseo: en Paz, rechazo terminante de la demencia de la historia; en Revueltas, gana de asumir a la historia como la realización de los propios deseos. El irracionalista resulta empedernidamente lógico, aunque para hacerlo tenga que hacer caso omiso de los hechos. El dialéctico, irracional e individualista. Para Paz, los procesos de Moscú descalifican a la izquierda y, de paso, al socialismo. Para Revueltas, le dan a una y otro su sentido trágico. El deseo de Revueltas es de naturaleza

tal que va a la cárcel porque quiere: “si luchas por la libertad tienes que estar preso”. Esta metáfora de nuestra condición, de la realidad presidiaria de nuestras vidas, Revueltas la llevó a sus reales consecuencias: Lecumberri, Islas Marías.

Éstas son las dos figuras principales de nuestra cultura, la afortunada y la desdichada, la afamada y la de mala fama, la surrealizante y la comunizante. Son dos voces que no se han homogeneizado —aunque una es asimilable por su inofensividad política y la otra podría serlo por su marginación misma— y que han permitido poca vulgarización de sus palabras: una tonante en el Olimpo, la otra rabiosa en Hades.

Para no verse homogeneizado, Paz se ha autohomogeneizado crecientemente, ha ideado a Octavio Paz y su Verbo, ha hecho de la virtud de sus contradicciones un dogma. La heterogeneidad de Revueltas la vemos en su inadaptabilidad perenne, en esa curiosa mezcla suya de sabiduría e ingenuidad, en la inverosímil elocuencia de su dislalia.

E

Hades: ni héroe ni mártir, José Revueltas fue, en un país en que la política se niega a la cultura y la cultura, con necedad comparable, a la política, un *protagonista*. Es decir que no se rehusó ni los lugares comunes ni los hechos extraordinarios de su tiempo. Su tiempo: el de la oposición Alemania hitleriana-URSS constructora del socialismo en un solo país, el de las contradicciones fascismo-liberalismo y stalinismo-izquierdismo, el tiempo del desprecio y la esperanza, del cinismo y la desesperación, de los compañeros de viaje que llegan a la estación equivocada y de aquellos otros que juran que llegaron a destino porque ese boleto tomaron.

Es un tiempo trágico, es un tiempo en que la gente deja de creer, o quién sabe cómo sigue creyendo, o hace como que todavía cree. El alba roja es como todas las albas: ni noche ni día, ni tinieblas ni resplandor. La esperanza va con la desesperación, el mundo nuevo con el viejo, la utopía histórica con la historia de las utopías arrasadas o envilecidas. Va a ser de día en 1917, la noche nunca acaba en los treinta, la luz despunta muy ambiguamente en 1956. Para Revueltas, 1968 es el año de la primavera de Praga y el movimiento popular-estudiantil mexicano, de la invasión soviética de Checoslovaquia y de Tlatelolco: fusión no sólo de la esperanza y la desesperación, sino además de los dos tiempos cardinales de Revueltas: el comunista y el mexicano, en el momento en que un PC es el principal agente de cambio en un país socialista, en el momento en que México reingresa en los Lugares Comunes de la historia.

Sartreano al fin, Revueltas hace de su conciencia el campo de batalla de la guerra que

se hacen la historia pasada y la historia deseada, la historia de los hechos y, la historia de las ideas, la historia del olvido que envilece y la historia de la lucidez que atormenta. Revueltas cree: luego, duda. Comunista, acalla su conciencia en aras del porvenir; más que nunca comunista, denuncia al “stalinismo” y se hace expulsar del PCM.

Cuando apareció esa novela extraordinaria que es *Los días terrenales*, alguien —creo que Ramírez y Ramírez, hoy director del periódico *El Día*— habló de una literatura de extravío. El término, bien entendido, es noble. Nunca dogmático y creyente siempre, necio, sí, pero iluminado también. Revueltas siempre se extravió, no dio con lo que buscaba, jamás obtuvo lo que deseaba, y sin embargo es fuerza creer que nunca tuvo otra vida que la que él mismo quiso. Gregorio piensa esto en *Los días terrenales*: “He aquí la lucha, aprender a vivir en la soledad de espíritu, amarla a pesar o sobre todo porque de ella se derivan todos los sufrimientos y todas las angustias que son lo único real y verdadero.” Haciendo interminable justicia a su apellido, cuando la definición vigente de revolucionario se le antojaba estrecha o estéril o vil incluso, Revueltas se rebela: perdía el rumbo buscando el norte.

Así Sartre y Revueltas, con los pies enfangados en el pasado, o bien plantados en él, según se quiera ver, en 1968 van el uno al Anfiteatro de la Sorbona y el otro al Auditorio de Filosofía. Ambos aceptan plenamente la irrisión que eso significa, lo cómico y audaz que es subirse, solo, con un viejo boleto, a un tren que súbitamente se ha puesto en marcha en una estación inesperada. Para Revueltas ello significa por añadidura la cárcel una vez más, la última: allí quedará su salud. Años después, Sartre también meterá el cuello bajo guillotina ajena, responsabilizándose de *La Cause du Peuple*; eso le valdrá un proceso.

En Sartre la historia se hace autoconciencia; no hay actitud política suya —y en Sartre lo político es siempre cultural y viceversa— que no sea dictada por un afán de asumir los dramas históricos como conflictos de la inteligencia. Sus desaciertos, sus petulancias, sus crueles intransigencias, al igual que todos sus grandes momentos, le pertenecen por ello menos a Sartre mismo que a todos quienes hemos vivido por lo menos parte de su tiempo, todos aquellos a quienes él ha obligado a aceptar que se entra en la historia por cualquier puerta, todos aquellos, en fin, que hemos aceptado el reto solitario de Sartre. Asumir la historia, para Sartre y Revueltas, es vivir a fondo, como lo más auténtico que haya, la propia soledad.

Pero este otro Jean-Paul, este romántico de cuño no unívoco sino dialéctico, este maoísta imprevisto, difícilmente pasará a la historia como dramaturgo y novelista. Si su

pensamiento encarna ejemplarmente las contradicciones de su tiempo y procura, cuando no resolverlas, por lo menos diagnosticarlas y jerarquizarlas, sus obras creativas están irremisiblemente limitadas por las contingencias estilísticas de las épocas en que las escribió. Como novelista es más acartonado que el peor Aragon, como dramaturgo parece que crea que Tennessee Williams pueda ser el complemento de Brecht. Su mejor sensibilidad no es la creativa, sino la perceptiva: en los grandes ensayos de *Situations*, por ejemplo, sobre gente tan varia como Nizan, Giacometti y Tintoretto.

Revueltas, por el contrario, hace de su carne historia —y de la Historia, Calme: he aquí de nuevo el deseo— mucho menos en sus ensayos que en sus cuentos y novelas. En una literatura —la comunista— que pocas veces se autocritica cabalmente sin cambiar de bando, José Revueltas es excepcional: no renuncia ni a la historia ni a la crítica de las ideas y los instrumentos con que se ha de cambiar la historia. Más aún acepta su propia responsabilidad como individuo al firmar lo que escribe a pesar de la disciplina partidaria, y se encarna en sus personajes: se encarna en ellos desde antes de que sean personajes literarios. Revueltas quiere hacer la historia como él hace la vida, y hace su vida como si estuviera haciendo historia, una historia por fuerza trágica y esperanzadora a la vez.

Revueltas, en *Los días terrenales*, es el disidente Gregorio en la medida misma en que ha compartido muchas de las razones del obtuso stalinista Fidel, ese Rey Lear de una tragedia en que las tormentas no son imaginarias pero sí ideológicas, en la que siempre se debe de vivir como si se estuviera rodeado de enemigos provocadores. Revueltas escribe esa novela como Gregorio; como camarada —aún ahora— de Fidel, la retira de la circulación a poco de publicarla. No reaparece sino hasta 1967, refundida en la *Obra literaria*, y luego, sola, en 1973.

Humanistas de la posguerra, Sartre y Revueltas son esquizofrénicos en la medida en que asumen las ambigüedades de la historia. Es el absurdo de una vida enajenada y solitaria lo que hace optar por actuar para con y dentro de la historia; son los absurdos de la historia misma los que, al exigir el máximo de la conciencia individual, la devuelven a la autenticidad de la soledad. De esa moral enfrentada al ave de por lo menos dos cabezas de la historia surgen las rectificaciones, las paradojas. Lo que en Sartre son los repentinos cambios de posición y la inmensa generosidad a posteriori (casos Camus y Gide por ejemplo), en Revueltas son los impulsos que lo oponen irremisiblemente a sus camaradas de la víspera y es la total falta de sectarismo o aun rencor de un novelista consciente de que narra una tragedia tan misteriosa, tan inevitable

e irracional, tan atroz, como la griega o la isabelina. Koestler, Silone, *et al.*, “escogen la libertad” y cambian de bando. Admiramos la libertad de Revueltas, que escoge la servidumbre: *servir* la causa, seguir sirviéndola a pesar de todo, a su manera, como se pueda.

Es un hecho que Revueltas nunca fue entendido por sus contemporáneos: va a las Islas Marías cuando ser comunista es absurdo —1928—, es antistalinista —1949— cuando esas cosas no se hacen, solicita reingresar al partido —1955— cuando a los expulsados y tráfugas no se les ocurre más que no volver jamás (reingresa en 1956, a resultas del XX congreso del PCUS y el súbito ablandamiento del PCM, empeñado hasta entonces en una política de expulsiones a mansalva), vuelve a denunciar al partido —1964— cuando las crisis de conciencia comunistas son lo más anticuado que pueda imaginarse (y dedica *Los errores* nada menos que a Imre Nagy, ambiguo gran luchador si los hubo), funda la Liga Espartaco cuando el espontaneísmo aún no es un fenómeno predominante de los sesentas, se incorpora al dulce desorden de 1968 luego de haber pregonado a voz en cuello las virtudes de la organización.

Sus desfases con frecuencia lo hicieron verse patético. Cuando era un clásico —de la izquierda y la literatura—, la sensibilidad predominante no veía en él más que a un típico. Cuando actuaba o escribía típicamente, no se veía lo clásico que llegaría a ser cuando mediara el tiempo, cuando se agotara el auge de la novela nueva, cuando la crítica liberal ya no tuviera nada que decir salvo lo ya dicho, cuando el despedazamiento del país empezara a desmoronar al sistema mismo. No ha de extrañar a nadie que los mejores y más atentos lectores de Revueltas sean 30 y 40 años más jóvenes que él.

Escritor comunista entre los más importantes, también es uno de los pocos clásicos mexicanos. Su lugar en la literatura nacional, sin embargo —obviamente—, todavía no existe. Todavía es clandestino. Revueltas aún es monstruoso, grotesco, desmedido, lépero: para que cupiera, el concepto mismo de literatura mexicana tendría que dilatarse mucho más de lo que el oficialismo y el cultismo antiguamente vanguardistas lo permiten. Revueltas no cumplió con la regla de oro de que uno no se opone a todo, uno no se deshereda, uno no tiene amigos que impiden que hablen los ministros de Estado ante la tumba, uno es decente, y si no, elegante por lo menos.

Un país que ha pretendido negarse a la historia, que supuso que no tenía ninguna inserción en ella, encerró a Revueltas en un subterráneo, lo mantuvo desterrado en ese inconsciente del cual él fue el cronista —desde *Los muros de agua* hasta *El apando*— y que ahora se expresa, al término de la glosolalia oficial, y se expresa cada vez más:

bárbaramente insatisfecho. Una cultura necesitada de probar su libertad y superioridad ante la corrupción y demagogia de la cultura oficial no pudo tampoco aceptar la asunción de la servidumbre histórica por parte de José Revueltas.

Pero la injusticia viene a enmendarse: el *démodé* Revueltas vuelve al proscenio donde gesticulaba ante un teatro vacío. Vuelve como nuestro protagonista, el protagonista cultural y político de todos nosotros. Lo ha llamado la historia misma lo cual está bien. El Hamlet que hay en Revueltas, el patético recitador de soliloquios que nadie quería oír, nos habla a todos al oído.

F

Otra revolución, otra novela, otro país. Revueltas se margina durante treinta años de la ideología de la revolución mexicana, de las modas literarias, del país oficial. En esa marginalidad singular, tremenda, hay una profundidad, un patetismo, una desesperación y una fe que no tienen la menor concordancia con todos los optimismos —económicos, sociales, culturales— del México que transcurre por los años cuarenta y cincuenta, y parte de los sesenta, como una mancha de aceite en el agua. Ahora la ideología dominante está hecha añicos, como un títere semidestrozado por una turbamulta que lo tomara por la realidad en la semioscuridad del guiñol: es inútil incluso para la derecha que lo manejaba. Ahora la vanguardia literaria ha dejado de ser una alternativa si su discurso no corre paralelo al de la vanguardia social, anticipándolo, iluminándolo. Ahora el país es el que describió Revueltas, sólo que peor.

Cuando caen los velos de la historia, no queda más que la realidad insoportable. Esa realidad la vivió siempre Revueltas, tratando de darle un sentido histórico (y aceptando que rara vez es posible): un Dostoievski mexicano con los ojos en zoom constante sobre ese objetivo del siglo XX que es la revolución. El mundo que vivía, imaginaba y narraba Revueltas nos pareció durante lustros y lustros un espejismo. Y es que estábamos en el desierto, en la aridez, errando en pos de una arcadia que sólo vive la clase dominante, imaginándonos los más ridículos oasis y jaujas al término de una cualquiera de las dunas. Hemos despertado para ver la pesadilla que significa haber soñado y ya no soñar. Lo que se oye ahora es el lenguaje de los que no han tenido derecho ni a la política ni a la cultura más que por el lado del palo que golpea.

Tan sólo Revueltas careció de la elemental prudencia que nos hace darle vuelta a los muros: siempre fue a darse de bruces contra ellos. Su trayectoria es sobrecogedora por lo hondo que caló y lo perdido que llegó a estar para los demás. Revueltas es un genio no tanto como son genios los novelistas —aunque su naturaleza irremisible es la de

novelista— sino como lo son los poetas. Y si la novela aún puede ser entre otras cosas el texto épico de nuestro tiempo, dándole de codazos al cine para conservar algo de su lugar de antaño, Revueltas es de aquellos que lo hacen posible, inclusive a pesar de ese conservadurismo estilístico suyo derivado de que en el terreno de lo formal no quiso más que llevar a sus últimas consecuencias los aciertos y bondades (en general tan dudosos) del realismo socialista y el realismo mexicano. Poeta: autor de tres o trescientas líneas inolvidables, desheredado muchas veces de ese estándar de competencia que se les exige a los novelistas. Por ello su prosa es la más vital entre nosotros: su misma desigualdad garantiza sus extremos extraordinarios.

Revueltas vivió lo que los mejores pensaron o soñaron; y lo que temían también. Él, que pudo parecernos una momia espasmódica de los cuarentas, un esperpento sin voz, en los sesentas regresa a nosotros —y nosotros a él—: todo cuanto sufrió él es la historia, la tradición, el legado, la herencia, lo radical del/de un país que tenemos que rescatar. Cada uno de nosotros vuelve a encontrarse absolutamente solo. Es esa nuestra unión. Es esa la fraternidad posible. Estos treinta años de mentiras y represión y Unidad Nacional han sido un rodeo: mas aquí está la historia de nuevo, que no se detuvo entre tanto, y aquí está, para contárnosla, José Revueltas. Un hermano en una cultura de patricios divinos y patriarcas corruptos, un hermano en una política que no tiene madre. Un hermano ejemplar.

No un modelo. Un ejemplo. Los problemas que Revueltas plantea ocupan un sitio primordial en la tarea de cambiar el mundo, en la *inteligencia* de que ello apenas si significa cambiar un poco al hombre. Cambiarlo: Revueltas buscó perpetuamente una redención. *Il faut se racheter*, decía Sartre. Revueltas fue un escritor religioso, pero no como tantos otros comunistas que son tanto más fervorosos cuanto más autoritarios, sectarios, represivos y pragmáticos son. Contra todo esto pecó él. Pero, como modelo no era, como solamente fue ejemplar, también contra sí mismo pecó. Sus errores son inmensos para que podamos verlos, no los escamoteó.

La redención: nada menos que una revolución puede salvarnos. Revueltas, el irredento, nos lo dice. La revolución es imaginable e impensable, y la vivimos en su deseo y falta de realidad: con el material de esos sueños Revueltas formó durante tres décadas las bases de una manera alternativa de vivir y crear la cultura. Todos estos años Revueltas fue un condenado, y ahí están sus cárceles para probarlo. Ante la enajenación de todo un país y el sectarismo de un partido revolucionario, Revueltas, como Gregorio en *Los días terrenales*, se condena. Esa fue su servidumbre, esa fue su libertad.

Revueltas, como ningún otro escritor mexicano, fue un protagonista. Fue el más libre de todos —o el que más libres nos hace a los lectores— porque procuró ser libre dentro de la desdicha de la historia. En un país en que la cultura sólo ha sabido unirse a la política para corromperse, en un país donde tantos creadores culturales honrados rehúyen la política como una peste, Revueltas asumió libremente el drama, a veces grotesco, siempre trágico, en ocasiones ejemplar, de vivir la cultura como campo de batalla privilegiado de la política, y la política como expresión paradigmática de la cultura.

No en balde José Revueltas murió sentenciado.

Mayo de 1976.